

WALTER RISO PIZZERIA

VESUBIO



*Una
novela
deliciosa*

WALTER RISO
PIZZERÍA VESUBIO

1

¿A DÓNDE ME TRAJISTE, SALVATORE?

Llegué de Nápoles al puerto de Buenos Aires en el *Conte Biancamano*, el 28 de septiembre de 1951, después de casi un mes de travesía. Me contó mi madre que viajábamos en clase turista junto con otras setecientas personas. Las cabinas y los camarotes, según ella, eran mejores que su cama y el colchón sobre el que dormía en Nápoles, en un *quartiere* donde la pobreza lo contaminaba todo.

Mamá vivía en rione Sanità, en el corazón de la ciudad, en una calle empinada que comenzaba en el cruce de via Guido Amedeo Vitale y Salita Cinesi. Un punto neurálgico de la baja Nápoles, lo que se denomina un *vàscio*, un bajo. La casa tenía dos habitaciones y una puerta que daba a la calle y que nunca se cerraba, como las de la mayoría de los vecinos, que se sentaban a conversar sobre la callejuela empedrada sin veredas. En el primer cuarto, al entrar, estaba la cocina, con una mesa grande y una cortina que separaba la cama donde dormía Nino, el hermano menor de mamá. Por una abertura se pasaba al recinto donde dormían mi abuela Simona, mi abuelo Vincenzo y Ángela, mi madre. El piso era de cemento y el fogón, a leña y carbón. Apenas entraba algo de luz por una claraboya que daba a un respiradero maloliente, que unía varias viviendas y por el que transitaba alguna que otra rata. El gris oscuro del interior contrastaba con el amarillo quemado y el rojo coral de las paredes descascaradas del vecindario, así como con la ropa de colores vivos que colgaba de lado a lado de las ventanas, como pendones. Mi *nonno* Vincenzo se sen-

taba a tomar vino junto a sus vecinos y solía decir: «*Quanta vital!*», y enseguida agregaba que no se cambiaría por nadie. La gente conversaba y hacía bromas, se gritaba de balcón a balcón, y las familias ventilaban las desavenencias en público, con lo cual todo el vecindario participaba en su resolución. Muchos cantaban y no faltaba la mandolina que ponía a bailar a los parroquianos.

Siguiendo la calle empedrada hasta el final, se llegaba a una explanada, donde una escalera enorme conducía a diferentes entramados de arterias muy transitadas, repletas de banderas de Italia y de la *squadra di calcio* del *Napoli*. Varios portones llevaban a pequeñas plazoletas en las que se improvisaban varios puestos de ventas; entre ellos se destacaba, según mi madre, el de la pizza frita de Pasqualina, tan extraordinaria que había que hacer fila para probarla. Pero ese ambiente festivo y alegre escondía la pobreza y el hambre que había dejado la posguerra en Italia. El desempleo hacía que los más jóvenes se marcharan a otros países, sobre todo a América, en busca de oportunidades; otros entraban a la camorra.

Salvatore Merola, mi papá, había intentado trabajar en varias partes. Incluso había logrado hacerse con un buen puesto en el Ufficio Postale di Napoli. El trabajo consistía en pegar timbres y estampillas en las cartas. Pero no duró mucho: se peleó con su jefe, al que llenó la cara de sellos, y se fue, no sin antes romper unas cuantas sillas.

Mis padres, recién casados, vivían en un cuarto alquilado. Pero el lugar no tenía ventana: no aguantaron el olor a encierro y fue entonces cuando papá decidió irse a la Argentina. Su propio padre se había instalado en el norte, en Jujuy, años antes, y todos decían que había montado una empresa de construcción muy exitosa. Así que, sin profesión, sin saber el idioma y con unas pocas liras, Salvatore se fue detrás de mi abuelo, a quien llamaban el Zuóppo, porque era cojo.

Una fría madrugada de enero de 1951, mi papá dejó a mi mamá con tres meses de embarazo en casa de Simona y Vincenzo. Ángela le hizo jurar que no la iba a abandonar nunca y que la mandaría a llamar en cuanto consiguiera algo de di-

nero. Ese día decidieron ponerme de nombre Andrea, porque no sabían si iba a ser hombre o mujer: a mi abuela, a veces, le dolían los callos; a veces, no.

Desde aquella despedida, mi madre fue casi todos los días a rezar a la chiesa di San Severo Fuori le Mura por el bien de papá y para que pudiera llevarnos con él. Varios altares de San Genaro se levantaban improvisados en las calles de la baja Nápoles, pero ella prefería uno en particular porque decía que la escuchaba más que los otros; allí, cada vez que podía, depositaba un velón rojo con ribetes dorados. Una vez, al poco tiempo de quedar embarazada, en ese lugar, la quieta imagen del santo, con su mitra, su báculo y la mirada perdida en el cielo, se inclinó hacia ella de tal manera que el bastón la señaló. Entonces comprendió que no debía perder las esperanzas. Al otro día, 12 de marzo, en efecto, llegó la primera carta de papá, contando maravillas de aquella tierra extraordinaria donde decía que pronto estaríamos a su lado.

Mamá recorrió toda la Sanità, cada recoveco y cada lugar, para grabarlo en la memoria: no quería olvidar sus raíces. A veces iba hasta el castel dell'Ovo a mirar el mar con Nino y a imaginarse cómo sería un barco por dentro. Nunca se cansaba de admirar el Vesubio, que se alzaba ceremonioso y azul al fondo de la bahía. La primera carta fue celebrada por todo el barrio. Hasta hicieron una fiesta en la calle y rezaron por Salvatore. Pero cuando era de noche y los *nonnos* dormían, ella se acurrucaba contra la pared y lloraba, tapándose la boca para no despertarlos.

La segunda carta llegó dos meses después, cuando la incertidumbre ya estaba tocando techo. Eran buenas noticias: antes de seis meses llegaría el pasaje. Segunda fiesta en el barrio. El 2 de junio de 1951, el día de la Festa della Repubblica, que conmemora la victoria de la democracia sobre la monarquía en un referéndum y con ella la instauración de la República de Italia —cosa que a muchos no agradaba—, a las cinco y media de la tarde nací, sobre la mesa grande de la cocina, con la ayuda de una comadrona. Me recibieron, además de mis abuelos y mi tío Nino, Giovanni, el hermano mayor de mi

papá, que también estaba por irse a la Argentina, y su novia, Amalia, quien juraba que yo iba a ser niña y por eso me había cosido tres vestidos de mujer con dos cortinas viejas.

Nací muy amarillo, así que todos los días Simona y otras señoras de la vecindad me sacaban a tomar sol. A veces, cuando estaban animadas, caminaban hasta la piazza del Gesù Nuovo y me tendían sobre una cobija junto al Obelisco dell Immacolata, para que la gente viera lo bello y gordo que era: *bèll e chiàtto*. Mamá decía que se turnaban para cargarme porque había pesado cuatro kilos al nacer, lo que era un signo de buena fortuna ya que, según los viejos, cuanto más pesado fuera el niño, más grande sería el pan que traería bajo el brazo.

Después de tres meses más de espera, una mañana limpia de nubes en que, de manera inexplicable —y, para mamá, inolvidable—, el olor a mar subía hasta Capo di Monti, le entregaron a mi abuela un sobre grueso y semitransparente que la puso a temblar en cuanto lo tuvo en las manos. Llamó de un chillido a Ángela, que corrió, y lo abrieron juntas en el portal para que le diera la luz y se lo pudiera leer. Ese día, cuando la expectativa había comenzado a transformarse en tristeza, llegó nuestro pasaje. Amigos y vecinos no demoraron en correr la voz de calle en calle y de casa en casa: «¡Ángela se va! ¡Ángela *viaggia in* América!». Y las mujeres más ancianas repetían, mientras se golpeaban el pecho: «*Miràculo! Miràculo!*». La noticia corrió de tal forma que, ya desde una semana antes del viaje, la gente se agolpaba frente a la casa de mis abuelos para despedirse de la afortunada y llevarle pequeños obsequios, ropa, brebajes e imágenes talladas del Gesù Bambino, para que Dios nos acompañara en la travesía. Yo tenía 3 meses y ella, 26 años.

Cuando el *Conte Biancamano* entró al puerto de Buenos Aires por la dársena A, mi madre lloró. Desde la tercera cubierta, cerca de la proa, compartió el silencio denso de sus compatriotas, que se limitaban a observar como niños indefensos, detrás de una cortina de llovizna muy fina y persistente —la famosa garúa porteña—, la fachada de la ciudad desconocida. El gigantesco buque se desplazaba en cámara lenta frente

a un muro de construcciones de ladrillo sucio y descolorido que, aunque trataban de emular las sólidas edificaciones inglesas, no lograban disimular el abandono del lugar. Allí nos encontraríamos con mi padre, que había llegado un año antes a «hacer la América». Mientras el barco avanzaba por el agua oscura, marrón, mamá recordó el mar azul y trasparente de Nápoles, y pensó: «¿A dónde me trajiste, Salvatore?».

Esto solo me lo contó una vez, pero la nostalgia de inmigrante que entonces surgió en ella no la dejaría jamás. Varias veces me habló, en cambio, del gran alivio que sintió al divisar a lo lejos a mi papá, vestido con una camisa blanca, en medio de una multitud cubierta de paraguas grises y negros que corría ansiosa en busca de sus seres queridos.

Ángela me ofreció como quien entrega un tesoro. Salvatore, inquieto y emocionado, me examinó del derecho y del revés y de pronto, sin mediar palabra, me arrancó los pañales, metió su nariz en mis testículos y aspiró con fuerza hasta llenar sus pulmones. Después levantó mi pálido cuerpo y gritó en napolitano: «*Chistu è o' mie figlie! Chistu è o' mie figlie!*» ¡Este es mi hijo!

2

EL HOMBRE DE ACERO

Los pasillos del Hospital Italiano eran enormes, interminables. Limpios, fríos como el hielo, desolados. Yo caminaba por ellos como un invasor, una bacteria temerosa e insegura. Me llevaron al cuarto donde se encontraba mamá. El médico me dijo, inexpresivo: «Se puede quedar con ella solo hasta las seis de la tarde». No le pregunté nada más. La miré dormir, sin apartar la vista de ella, hipnotizado por el subir y bajar de su pecho. A la media hora despertó. Sus ojos de color turquesa se esforzaban en decirme algo que yo no lograba entender, mientras señalaba el bajo vientre. Después supe que se había orinado y quería que la limpiaran. Llamé a una enfermera y llegó una señora mayor, muy amable y hábil.

—Por favor, espere afuera en el pasillo —dijo con delicadeza.

Qué podía hacer sino obedecer. Mi madre me miró por encima del hombro de la enfermera y la vi decir, sin voz, moviendo los labios: «Te quiero mucho». Salí y me senté en un recoveco alejado, iluminado como un estadio. Me sentía agotado, pero mi mente era incansable. Pensaba en mi madre. No dejaba de recriminarme el hecho de no haber conseguido la plata necesaria para que fuera a visitar a los *nonnos* a Nápoles, donde me la imaginaba cantando ópera en la terraza mientras colgaba la ropa o interpretando alguna *canzonetta* napolitana con esa voz potente y aterciopelada. En ese rincón apartado, bajo la luz helada, la sentí acariciándome la espalda, como solía hacerlo, mientras decía: «*Quanto sí'bello, Andrea!*». Fue

entonces que los pensamientos cesaron y el miedo, que me había acompañado todo el tiempo, pareció aquietarse. Todo era plano, lento, vacío, insustancial. Lo único real era el frío que parecía desprenderse de las blancas e inhóspitas paredes. De vez en cuando trataba de averiguar qué pasaba. Siempre la misma respuesta: «Todo va bien». Así seguí, medio dormido en la incertidumbre. No soñé, no imaginé. Eran las cuatro de la mañana cuando creí necesario insistir. Me dijeron: «Todo está controlado». Mentira, nada iba bien. Un hospital está diseñado para que se sufra de soledad y abandono en un plan de engaños sutilmente orquestado.

Llegó una señora muy alta con dos hijas adolescentes. Se sentaron frente a mí, bajo las mismas luces, se tomaron de las manos y comenzaron a llorar. La angustia me penetró como una daga. Volví a preguntar y esta vez la respuesta fue distinta: «Ya va a llegar el médico».

No llegó. Ni a las cinco ni a las seis ni a la siete. Intenté servirme un café de máquina y ya no había. Y de pronto vi a mi padre, a lo lejos, como salido de una pesadilla, caminando hacia mí. Lo acompañaban Nino y Roberto, uno de cada lado, sosteniéndolo por los brazos. Mi papá, el hombre de *acciaio*, de acero, il Ragioniere, temblaba como una hoja mientras su hermano y su cuñado trataban de calmarlo y darle ánimo.

Cuando estuvo frente a mí, no me abrazó, no lloró, solo dijo en media lengua, en la mezcla ítaloargentina en que se expresaban los tanos que vivían en Buenos Aires: «Andá, andá a ver si no se equivocaron y de pronto sigue viva y no le ha pasado nada».

Hubiera querido estrecharlo entre mis brazos, revolcarnos juntos en el dolor. No pude. Volví a la realidad. Mi mamá había muerto y los médicos y las enfermeras que pasaban a mi lado no me habían dicho nada. Llamaron a casa para avisar y no fueron capaces de salir al corredor a decírmelo. Yo estaba más cerca, al lado, cuidándola. Yo estaba ahí, listo para cualquier cosa, tan inútil. Y mi padre me insistía: «Andá a ver si Ángela está viva, de pronto se confundieron y la que se murió fue otra». ¿A dónde iba a ir? Yo no lloré. Mi padre y Roberto

tampoco. El único en derramar lágrimas fue Nino, el hermano de mamá. «*Pòvera sòra*», pobre hermana, repetía una y otra vez, mientras me apretaba contra su pecho como si yo fuera lo último que quedaba de ella. Mi padre y yo padecíamos en silencio.

No podíamos explicarnos ni aceptar una muerte tan precoz e inesperada. Mi mamá tenía 52 años. Un médico muy canoso y viejo nos dijo que había fallecido de una embolia cerebral y al rato otro distinto explicó que la causa, en realidad, había sido una reacción alérgica a la aspirina. Les habíamos avisado muchas veces y dejado notas por todas partes: «¡Es alérgica a la aspirina!». Se lo explicamos una y otra vez y no nos escucharon. Al cabo de los años supe que, unos meses después, Giovanni, el hermano mayor de mi papá, inició una demanda que no prosperó. Maldito Hospital Italiano, malditos médicos. Eran las diez de la mañana y salió un jovencito de bata blanca a pedir el pago no sé de qué cosa. Roberto lo agarró del cuello mientras le reclamaba y lo amenazaba en napolitano con hacerlo papilla, «*Comme nun me cunt' tutt' cos', te paleo*». Yo no esperé ninguna explicación, le di una patada en el estómago y cayó como un muñeco de trapo. El tipo quedó tendido en el piso. Llegaron unos guardias de seguridad y Roberto les hizo frente. Yo creo que se asustaron, porque decían que nos calmaríamos y que el pobre hombre no tenía la culpa. Y era verdad, pero no importaba. Éramos cuatro napolitanos indignados, sufrientes, incontenibles, como en la guerra que yo no había vivido y ellos sí. En esos minutos, cada célula de mi cuerpo dejó de ser mía. Saqué de mi interior algo desconocido hasta ese momento: violencia en estado puro. Podría haber asesinado a cualquiera. Papá solo miraba al piso, con los ojos vacíos de vida. Mi mamá murió el 15 de febrero de 1977.

3

LA VIDA DEBE SEGUIR

Giovanni se hizo cargo de todo. Además, era el único que tenía plata suficiente para pagar un velorio digno. Quiso que el entierro fuera en Barrio Norte, en una funeraria de la calle Juncal, para gente rica. Giovanni, que era el egoísmo en persona, salvo conmigo (quizás porque era mi padrino), compró el mejor féretro y de las cinco salas alquiló la más grande. Un lugar repleto de elegantes sillas grises, con enormes ventanales que daban a un jardín; a un costado había una mesa con mantel bordado, botellas de vino blanco dulce y canapés. Allí fuimos casi todos. Los tres hermanos de mi papá, Giovanni, Antonio y Roberto, dos de ellos con sus esposas, Amalia y Annunziata. Mi mejor amigo, Genarino, con Carmelina, su madre. Uno de los socios de Giovanni en la ladrillera. Vecinos. Y Julia, mi novia, vestida de riguroso luto, con anteojos negros, no me soltaba de la mano mientras se desvivía por consolarme. Mucha gente más se apretó allí. Un rumor seco llenaba el ambiente mortuario.

Yo nunca había estado en un velorio. Son espantosos. La cara de mi mamá se asomaba por la tapa del féretro con una bella sonrisa dibujada por los sepultureros. No se veía mal. No me importó pisar entonces las líneas de las baldosas ni tocar los picaportes, como habitualmente evitaba hacer. No había tristeza en mí, ni asco ni preocupación, no había nada. Era como un títere que Julia llevaba de un lado para otro. El murmullo decía: «*Che bella donna*», «Es que siempre fue muy linda», «Tan buena persona, era una santa». Algunas vie-

jas, posiblemente contratadas por mi tío, rezaban, mientras otras hacían de plañideras. ¡Qué fácil es llorar por encargo! Mi papá, en un gesto desconocido para todos, intentó darle las gracias a Giovanni: levantó los brazos y fue hacia él para abrazarlo. Pero mi tío alzó a su vez las manos, con las palmas hacia delante, deteniéndolo, y masculló: «No, no, no...», para enseguida alejarse sin disimular su fastidio. Nada parecía real. Hasta que llegaron los *magliari* y aterricé.

Los *magliari*. Ser *magliaro* no es fácil: se necesitan agallas. A veces funcionaban como una secta, otras como una banda organizada cuya consigna era: «La supervivencia todo lo justifica, y cuidado: la gente puede ser como tú». Mi tío Roberto, a las pocas semanas de llegar de polizón en un barco desde Río de Janeiro, conoció en Rosario a uno de estos napolitanos, que le explicó el oficio: vender cosas falsificadas o engañosas a precio de originales. Y como el Zuóppo no tenía ninguna empresa de construcción, lo intentó. Esa forma de vida es la que asumieron mis tíos, menos Giovanni, que gracias a su ladrillera subió de clase social y llegó a codearse con importantes empresarios. Así se distanció, tanto como pudo, de sus raíces napolitanas.

Los *magliari*, pues. Primero llegaron tres y nos dieron las condolencias: apretón de mano, reverencia formal y una frase en italiano con marcado acento napolitano: «*Le mia più sentite condoglianze*». Luego aparecieron dos más. Y otro, y otro. Como un enjambre, empezaron a rodear a mi mamá. Parecían cortados todos por la misma tijera: bajos, inquietos, vestidos con vaqueros Lee y calzados con mocasines sin medias. Al poco rato estaban apiñados contra la mesa. Como langostas se embutieron la mitad de las botellas de vino y acabaron con los canapés. De haber podido, se hubieran llevado el cajón para venderlo. Alguno de ellos hizo un chiste fuera de lugar y mi papá, aunque también era *magliaro*, lo perforó con una mirada de ira. Yo no los aguantaba. Como había sido desde siempre.

Hablaban un napolitano atropellado en un tono penetrante que por momentos parecía árabe; hacían gestos teatrales,

agitaban los brazos y levantaban tanto la voz que de la sala contigua vinieron a pedir que guardáramos silencio. En realidad, nunca conocí a un napolitano que hablara en voz baja. No saben hacerlo.

Fue imposible esconderlos o esconderme, así que no tuve más remedio que consentir que los amigos de la universidad y los dos o tres profesores que quisieron acompañarme conocieran de primera mano mi mundo real, sin maquillaje y sin mentiras. No ahondaron, no supieron del mercado Spinetto ni de la pizzería Vesubio, pero se llevaron seguramente una impresión indeleble de la *razza* Merola.

Nino le daba un toque de humanidad al lugar. De vez en cuando me daba unos cachetones cariñosos llamándome *guaglióne*, pibe, muchacho. Yo seguía moviéndome atento, ahora sí, a no pisar ninguna línea que se distinguiera en el suelo, mientras estrechaba manos sudorosas resignado a no poder lavarme las mías. Giovanni, muy serio y amargado, permanecía aparte, junto a su socio, que se notaba de otra clase social: zapatos de charol, traje negro a rayas, camisa blanca almidonada y corbata de seda. Un italiano de la alta Italia. En un momento dado, se acercó a mi papá y le dijo, con mucha distinción: «*La perdita da voi subita è per me motivo di dolore e di sincera commozione*». Amalia, la esposa de Giovanni, no se movió de la silla; solo miraba el ataúd. Julia, metida en su minifalda fúnebre, no paraba de llorar. Después de tantos años de noviazgo, quería a mi mamá como a una segunda madre. Yo también la quise a ella con todo mi corazón. La necesitaba como al aire.

Salvo Antonio y Annunziata, que habían llegado de San Luis, nadie vino de fuera de Buenos Aires. Mi abuelo, el padre de mi padre, el Zuóppo, no apareció. Nunca estuvo en los momentos importantes y, de las pocas veces que lo vi, no guardo buenos recuerdos. Era muy tacaño: el rey de los tacaños. En las contadas ocasiones en que fuimos a comer a su casa, me acuerdo, llenaba primero el vaso de agua y después echaba unos chorritos de vino y decía: «*Basta il colore*». Y cuando hacía pasta apenas servía un puñado pequeño, una

herejía para cualquier napolitano, y agregaba: «*Basta il sapore*». Tan tacaño era que había puesto un candado a la heladera, como si fuera una caja fuerte. Mis primos y yo, siendo niños, un día le rompimos el candado y repartimos la comida que guardaba entre la gente que pasaba por la calle. Sobre la cojera, él contaba que le habían herido la pierna en la Primera Guerra Mundial, cuando blandiendo una espada y a caballo regresó a campo enemigo para rescatar una bandera italiana. Para respaldarlo mostraba una medalla, la cruz al valor que, según papá y mis tíos, la había comprado en un anticuario. Al abuelo nadie le creía el cuento.

Mi abuela Tina, la madre de mi papá, había muerto cuando él y sus tres hermanos eran muy pequeños. Los cuatro quedaron a la deriva: se hicieron *scugnizzi*, niños de la calle, y vivieron como pudieron, creo que bajo las órdenes de Giovanni, que era el mayor. Aquí estaban los cuatro de nuevo ante la muerte, sin su padre.

Llevamos el cuerpo de mamá al cementerio de la Chacarita al día siguiente. Luego de una lúgubre procesión, depositaron el cajón en una especie de apartado de correos. Giovanni había elegido un hueco de los de arriba, los más caros. Dejamos flores y nos despedimos después de escuchar a un cura hablar del otro mundo, que al parecer era mucho mejor que este. Julia no me soltaba y me decía que tratara de creer. Yo necesitaba a Dios, pero allí, junto a la tumba de mi madre, creía en él menos que nunca.

Unos pocos acompañamos a papá de vuelta a casa. Mientras tomábamos grapa, me comentaron que la pizzería estaría cerrada por duelo durante una semana. Todavía tengo la mirada de papá grabada a fuego en mi cerebro. Veo sus ojos apagados, casi miserables, y lo veo tomar un trago de licor para decir, sin convicción: «La vida debe seguir». En ese momento supe que no habría cura, que habían abierto una grieta permanente en nuestro corazón. A mis 26 años me habían partido en dos. A papá lo habían golpeado más allá de sus fuerzas. Esto no era la Segunda Guerra Mundial, era peor: Ángela se había ido. Estábamos solos.